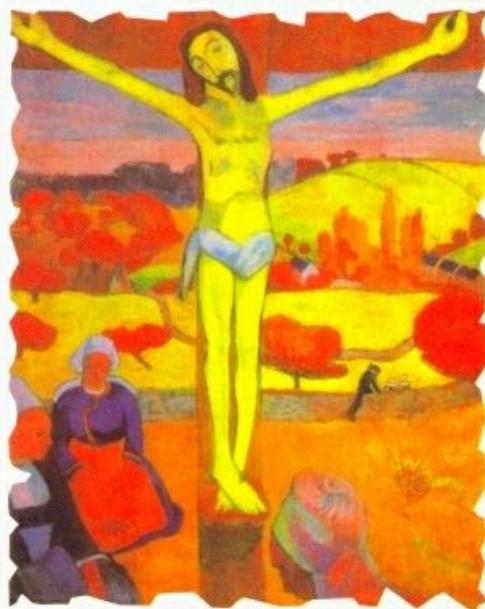


NIKOS KAZANTZAKIS

LA ÚLTIMA TENTACIÓN

Nikos Kazantzakis

LA ÚLTIMA TENTACIÓN



DEBATE
bolsillo

Ilustración de portada: *El Cristo amarillo*, 1889, Paul Gauguin

Primera edición: abril 1995
Segunda edición: octubre 1997
Tercera edición: febrero 1999
Cuarta edición: mayo 2000
Quinta edición: abril 2001

Versión castellana de ROBERTO BIXIO

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidas la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

© Helena Kazantzakis
© De esta edición, Editorial Debate, S. A.
O'Donnell, 19, 28009 Madrid

I.S.B.N.: 84-7444-878-6
Depósito legal: B. 19.404 - 2001
Impreso en Litografía Roses, S. A. Gavá
Impreso en España (*Printed in Spain*)

Prefacio

La doble sustancia de Cristo siempre fue para mí un misterio profundo e impenetrable: el deseo apasionado de los hombres, tan humano, tan sobrehumano, de llegar hasta Dios o, más exactamente, de retornar a Dios para identificarse con él. Esta nostalgia, a la vez tan misteriosa y tan real, ha abierto en mí hondas heridas y también fluyentes y profundos manantiales.

Desde mi juventud, mi angustia primera, la fuente de todas mis alegrías y amarguras ha sido ésta: la lucha incesante e implacable entre la carne y el espíritu.

Llevo en mí las fuerzas tenebrosas del Maligno, antiguas, tan viejas como el hombre y aun más viejas que éste; llevo en mí las fuerzas luminosas de Dios, antiguas, tan viejas como el hombre y más viejas que éste. Y mi alma es el campo de batalla donde se enfrentaban ambos ejércitos.

La angustia ha sido abrumadora. Amaba mi cuerpo y no deseaba que se perdiera; amaba mi alma y no quería verla envilecida. He luchado para reconciliar estas dos fuerzas cósmicas antagónicas, para hacerles comprender que no son enemigas sino que, por el contrario, están asociadas, de manera que pueden reconciliarse de forma armoniosa, y de este modo yo podré, reconciliarme con ellas.

Todo hombre participa de la divina naturaleza, tanto en su carne como en su espíritu. Por ello el misterio de Cristo no es sólo el misterio de un culto particular, sino que alcanza a todos los hombres. En cada hombre estalla la lucha entre Dios y el hombre, inseparable del deseo de reconciliación. Casi siempre esta lucha es inconsciente y dura poco, pues un alma débil carece de fuerzas para resistir por largo tiempo a la carne; el alma pierde entonces levedad, acaba por transformarse en carne y la lucha toca a su fin. Pero en los hombres responsables, que mantienen día y noche los ojos fijos en el Deber supremo, tal lucha entre la carne y el espíritu estalla sin misericordia y puede perdurar hasta la muerte.

Cuanto más potentes son el alma y la carne, más fecunda es la lucha y más rica la armonía final. Dios no ama las almas débiles ni los cuerpos sin consistencia. El espíritu ansia luchar con una carne potente, llena de resistencia. Es un ave carnívora que nunca deja de tener hambre, que devora la carne y la hace desaparecer asimilándosela.

Lucha entre la carne y el espíritu, rebelión y resistencia, reconciliación y sumisión, y, en suma, lo que constituye el fin supremo de la lucha, es decir, la unión con Dios; tal es la ascensión seguida por Cristo, el cual nos invita a seguirle marchando tras las huellas sangrientas de sus pasos.

Este es el Deber supremo del hombre que lucha: alcanzar el elevado pináculo que Cristo, el primogénito de la salvación, coronó. ¿Cómo podemos iniciar el ascenso?.

Para poder seguirle es preciso que poseamos un conocimiento profundo de su lucha, que vivamos su angustia, que sepamos cómo venció las celadas floridas de la tierra, cómo sacrificó las pequeñas y las grandes alegrías del hombre y cómo ascendió, de sacrificio en sacrificio, de hazaña en hazaña, hasta la cima de su martirio: la Cruz.

Jamás seguí con tanto terror su marcha sangrienta hacia el Gólgota, jamás viví con tanta intensidad, con tanta comprensión y amor, la Vida y la Pasión de Cristo como durante los días y las noches en que escribí *La última tentación*. Mientras escribía esta confesión de la angustia y de la gran esperanza de la humanidad, estaba tan emocionado que mis ojos se arrasaban de lágrimas. Jamás había sentido caer gota a gota la sangre de Cristo en mi corazón con tanta dulzura, con tanto dolor.

Porque para ascender a la cima del sacrificio, a la Cruz, a la cima de la inmaterialidad, a Dios, Cristo pasó por todas las pruebas que debe pasar el hombre que lucha. Esta es la razón por la cual su sufrimiento nos resulta tan familiar, y por la que su victoria final se nos antoja nuestra propia victoria futura. Esta parte

de la naturaleza de Cristo, tan profundamente humana, nos ayuda a comprenderlo, a amarlo y a seguir su Pasión como si se tratara de nuestra propia pasión. Si no poseyera dentro de él el calor de este elemento humano, jamás podría conmover nuestro corazón con tanta seguridad y ternura, jamás podría convertirse en un modelo para nuestra vida. Luchamos, lo vemos luchar como nosotros y cobramos valor. Vemos que nos encontramos solos en el mundo y que él, sea como fuere, lucha a nuestro lado.

Cada instante de la vida de Cristo es una lucha y una victoria. Triunfó del irresistible encanto de las sencillas alegrías humanas, triunfó de la tentación; transformó incesantemente la carne en espíritu y continuó su ascensión; llegó a la cima del Gólgota, subió a la Cruz.

Pero ni siquiera aquí acabó su combate. En la Cruz le esperaba otra tentación, la última tentación. Como en un relámpago, el espíritu del Maligno desplegó ante los ojos desfallecientes del Crucificado la engañosa visión de una vida apacible y dichosa: había seguido —así creyó— el sendero suave y fácil del hombre; se había casado, había tenido hijos, los hombres lo amaban y respetaban; y ahora, ya viejo, estaba sentado a la puerta de su casa, recordaba las pasiones de su juventud y sonreía satisfecho. ¡Qué bien había procedido! ¡Qué sabiduría haber seguido el sendero del hombre y qué insensatez era querer salvar el mundo! ¡Qué alegría haber escapado a las tribulaciones, al martirio y a la Cruz!

Esta fue la última tentación que durante los segundos de un relámpago turbó los instantes finales del Salvador. Pero bruscamente Jesús sacudió la cabeza, abrió los ojos. Vio: no, no era un traidor, ¡alabado sea Dios!, no había desertado, había cumplido la misión que Dios le había confiado. No se había casado, no había vivido dichoso, había llegado a la cima del sacrificio: estaba clavado en la Cruz.

Cerró los ojos, satisfecho. Entonces se oyó el grito triunfal: ¡Todo se ha consumado! Es decir, terminé mi misión, fui crucificado, no sucumbí a la tentación.

Escribí este libro para ofrecer un ejemplo supremo al hombre que lucha, para mostrarle que no debe temer el sufrimiento, la tentación ni la muerte, porque todo ello puede ser vencido y ya ha sido vencido. Cristo sufrió, y desde entonces el sufrimiento quedó santificado; la Tentación luchó hasta el último instante para extraviarlo, y la Tentación fue vencida. Cristo murió en la Cruz, y en ese mismo instante la muerte fue por siempre vencida.

Cada obstáculo interpuesto en su marcha se transformaba en hito y ocasión de futura victoria. Ante nosotros tenemos ahora un ejemplo que nos abre el camino y nos infunde valor.

Este libro no es una biografía, sino la confesión de todos los hombres que luchan. Al escribirlo, cumplí con mi deber. El deber de un hombre que luchó mucho, que se ha sentido muy atormentado en su vida y que ha esperado mucho.

Estoy seguro de que todo hombre libre que lea este libro rebosante de amor amaré más que nunca, más intensamente que nunca, a Cristo.

N. KAZANTZAKIS

I

Una fresca brisa celestial le poseyó.

Por encima de su cabeza los cielos florecidos se habían abierto en una espesa maraña de estrellas; abajo, en la tierra, las piedras despedían humo, todavía abrasadas por el fuego del día. Cielos y tierra desprendían paz y tranquilidad, rebosantes de un silencio profundo, hecho de las voces eternas de la noche, más silenciosas aún que el silencio. Reinaban las tinieblas; debía ser medianoche. Dios había cerrado sus ojos, el sol y la luna, y dormía. El joven, cuya mente acariciaba la suave brisa, meditaba feliz. Pero mientras pensaba: «¡Qué soledad!, ¡qué paraíso!», de pronto el aire se alteró, se tornó pesado. Ya no era una fresca brisa celestial, sino un aliento espeso y hediondo, como si, oprimido y esforzándose en vano por dormirse, hubiera allá abajo, entre paisajes lujuriantes y tierras espesas y húmedas, un animal o un villorrio. El aire se había adensado, se había vuelto inquietante; ascendían tufaradas tibias de animales, de hombres y de duendes, así como un olor acre a pan recién sacado del horno, a amargo sudor humano y al aceite de laurel con que las mujeres se untan la cabellera.

Se olía, se sentía, se adivinaba, pero nada se veía. Poco a poco los ojos se habituaban a la oscuridad; distinguíanse ahora datileras que ascendían como chorros de agua, un ciprés de tronco recto y austero, más oscuro que la noche, olivos de follaje ralo que el viento agitaba y que centelleaban como plata en la oscuridad; y sobre una loma verdeante, ya formando grupos, ya aisladas, veíanse miserables casuchas cuadradas, hechas de noche, de barro y de ladrillos, y completamente encaladas. A causa del olor a piel mugrienta, adivinábase que en las terrazas dormían cuerpos humanos, cubiertos con sábanas o descubiertos.

El silencio había desaparecido. La feliz noche, solitaria, se llenó de angustia. Enredábanse pies y manos de hombres que no hallaban reposo, los pechos suspiraban, gritos aislados de mil gargantas luchaban por reunirse, desesperados, obstinados, en el abismo mudo habitado por Dios. Esforzábanse por saber qué ansiaban gritar y se separaban para perderse en delirios incoherentes.

Pero de pronto y desde el mismo centro de la aldea, desde la terraza más alta, partió un alarido agudo, punzante, como de entrañas que se desgarran: «Dios de Israel, Dios de Israel, Adonay, ¿hasta cuándo?» No era un hombre; era toda una aldea que soñaba y gritaba. Era toda la tierra de Israel, con los huesos de los muertos y las raíces de los árboles. La tierra de Israel, que sufría dolores de parto, que no podía dar a luz y gritaba.

Tras un prolongado silencio, volvió a oírse el grito que desgarraba el aire desde la tierra hasta el cielo, esta vez aún más quejumbroso y angustiado: «¿Hasta cuándo? ¿Hasta cuándo?» Los perros de las aldeas se despertaron y se pusieron a ladrar, y en las terrazas, las despavoridas mujeres se refugiaron entre los brazos de sus esposos.

El joven que dormía oyó en sueños el alarido; se agitó y el sueño se asustó y comenzó a huir. La montaña se enrarecía y aparecían sus entrañas; ya no estaba hecha de piedra, sino de sueño y vértigo. Y la turba de colosos que la escalaban salvajemente, a pasos de gigante, y que no eran más que bigotes, barbas, cejas y enormes brazos, perdió también consistencia; los colosos se alejaban, caían, adquirían otras formas y se deshilachaban uno por uno como nubes dispersadas por un viento poderoso; pronto desaparecían entre las dos sienes del joven dormido.

Pero su espíritu volvió a embotarse, el joven se sumergió de nuevo en el sueño: la montaña volvió a hacerse compacta, pétrea; las nubes se adensaron para transformarse en carne y en huesos, y se oyeron respiraciones entrecortadas. Oyó andar a alguien, luego correr: el pelirrojo reapareció en la cima de la montaña, con el pecho y los pies desnudos, inflamado; le seguía, hundida en los peñascos abruptos, la turba jadeante de mil cabezas.

Arriba, la bóveda del cielo había vuelto a formar un techo bien construido con una sola estrella suspendida en oriente, como un grano de fuego. Levantaba el día.

El joven, echado sobre las virutas, respiraba profundamente. El trabajo había sido penoso y descansaba. Durante un instante se movieron sus párpados, como si el Lucero Matutino los hubiera herido con sus rayos, pero no se despertó. El sueño había vuelto a envolverle hábilmente; soñaba. El pelirrojo se había detenido y el sudor chorreaba por su frente estrecha de profundas arrugas, por sus sobacos, por sus piernas. Lo poseían la cólera y la fatiga. Iba a proferir una blasfemia, pero se contuvo. Se limitó a murmurar con angustia: «¿Hasta cuándo, Adonay, hasta cuándo?» Se había tragado la blasfemia, pero su rabia aún fermentaba. Se volvió: el largo camino se desplegó ante él como iluminado por un rayo, las montañas descendieron, el sueño se desvaneció, los hombres desaparecieron y el durmiente vio, por encima de su cabeza, sobre el techo bajo de paja trenzada, la tierra de Canaán, multicolor, adornada como un bordado hecho en el aire, como una luz vacilante. Hacia el sur se estremecía y ondulaba el desierto de Idumea como el lomo de un leopardo; más lejos, el Mar Muerto, compacto, ponzoñoso, ahogaba, absorbía la luz; y más lejos aún, rodeada por el foso de los mandamientos de Jehová, la inhumana Jerusalén: por sus calles corría la sangre de las víctimas de Dios, corderos y profetas; más lejos, Samaría la impura, la idólatra, en cuyo centro veíase un pozo y una mujer con afeites que sacaba agua; más lejos, en el extremo norte, soleada, modesta, verdeante, Galilea. De una punta a otra del sueño veíase el Jordán, la arteria real de Dios que se desliza regando indiferentemente las arenas estériles y los ricos huertos, que dan de beber a Juan Bautista y a los heréticos de Samaría,, a las prostitutas y a los pescadores de Genezaret.

El joven se sintió embriagado al ver en su sueño las tierras santas, las aguas sagradas, y extendió la mano para tocarlas. Pero repentinamente, en medio de la oscuridad aterciopelada, de la luz rosada de la aurora, la Tierra Prometida, hecha de frescura, de viento y de antiguo deseo humano, tembló y se esfumó. Y en el momento en que se extinguía, el durmiente oyó voces rugientes, blasfemias, y vio surgir de nuevo entre los peñascos abruptos y las higueras, metamorfoseada, irreconocible, la turba de mil cabezas. ¡Los colosos se habían ajado y encogido, se habían achaparrado y sus barbas se arrastraban por tierra! Eran enanos, arrapiezos, seres diminutos, jadeantes y ya sin aliento. Cada uno de ellos llevaba extraños instrumentos de tortura; unos, correas ensangrentadas con puntas de hierro; otros, cuchillos y agujones; otros, enormes clavos de cabeza plana; tres enanos de piernas cortas portaban una Cruz de un peso abrumador, y el último, el más desgraciado, el bizco, una corona de espinas.

El pelirrojo se inclinó, los miró y sacudió con desprecio su gran cabeza huesuda. El durmiente le oyó pensar: «No tienen fe, y por eso se han achicado; no tienen fe, y por eso me llevan al suplicio...» Adelantó su gruesa mano velluda:

—¡Mirad! —dijo, señalándoles la llanura que se extendía debajo de ellos, ahogada aún en la bruma matinal.

—No vemos nada, capitán. Está oscuro.

—¿No veis nada? ¿Por qué entonces no tenéis fe?

—La tenemos, capitán, la tenemos, y por eso te seguimos, pero no vemos nada.

—¡Mirad otra vez!

Blandiendo su brazo como una espada, rasgó la bruma y apareció la llanura. Brillaba y sonreía un lago azul. Desaparecía la sábana de bruma. En medio de los campos, bajo las datileras, a lo largo de las orillas pedregosas del lago, las aldeas y los villorrios, semejantes a grandes nidos llenos de huevos, resplandecían de blancura.

—¡Allí está! —exclamó el cabecilla señalando una gran aldea situada en medio de la verde vegetación. Tres molinos de viento, que la coronaban, habían abierto con la primera luz sus alas y giraban.

En el rostro dorado, adormecido, del joven, estalló de repente el terror. Hizo un ademán con la mano para ahuyentar el sueño que se había posado sobre sus párpados y los mantenía cerrados. Reunió todas sus fuerzas para despertarse; pensó que se trataba de un sueño y que debía despertar, liberarse de él. Pero los enanos lo rodeaban obstinadamente y se negaban a irse; el pelirrojo de mirada salvaje señalaba ahora amenazadoramente con el dedo la gran aldea de la llanura y les hablaba.

—¡Allí está! Allí vive, allí se esconde. Viste andrajos, va descalzo, trabaja de carpintero, aparenta no ser el que es para escapar a su merecido, pero ¿a dónde nos llevará? El ojo de Dios lo ha visto. ¡Caed sobre él, compañeros!

Levantó el pie para tomar impulso, pero los enanos se colgaron de sus piernas y de sus brazos; posó de nuevo el pie en tierra.

—Son muchos los andrajosos y los que van descalzos, capitán, son muchos los carpinteros. Necesitamos una señal que nos indique quién es, cómo es, dónde está, para que lo reconozcamos. De lo contrario, no nos moveremos de aquí. Sépalo, capitán, no nos moveremos de aquí; estamos cansados.

—Lo estrecharé entre mis brazos y lo besaré; ésa será la señal. Adelante ahora, en marcha. Y no hagáis ruido, no gritéis. En este momento duerme. Sería una lástima que despertara y se nos escapara. ¡En nombre del Cielo, caed sobre él, compañeros!

—¡Caigamos sobre él, capitán! —exclamaron a una sola voz los enanos, y alzaron sus grandes pies para iniciar la marcha.

Pero uno de ellos, el diminuto bizco jorobado que portaba la corona de espinas, se agarró a un arbusto y se enfrentó con el cabecilla.

—¡Yo no voy a ninguna parte! —gritó—. Estoy harto. ¿Cuántas noches hace que lo buscamos? ¿Cuántos países y aldeas hemos recorrido? Contad: inspeccionamos uno por uno los monasterios de los esenios, en el desierto de Idumea; pasamos a Betania, donde aporreamos gratuitamente a ese pobre Lázaro; llegamos al Jordán, pero el Bautista nos arrojó de allí; al parecer, no es Aquél que buscamos. Partimos, entramos en Jerusalén, registramos el Templo, los palacios de Anas, de Caífas, las casas de los escribas y de los fariseos: ¡no lo hallamos! Sólo hallamos pillos, prostitutas, embusteros, ladrones, asesinos y tuvimos que partir. Cruzamos al galope Samaría la excomulgada, llegamos a Galilea, registramos minuciosamente Magdala, Canaá, Cafarnaum, Betsaida. Registramos cabaña por cabaña, barca por barca y cuando hallábamos al más virtuoso, al más viejo, le gritábamos: «Eres tú. ¿Por qué te ocultas? ¡Levántate y salva a Israel!» Y al ver los instrumentos que llevábamos, lo poseía el terror, se agitaba y se ponía a gritar: «¡No soy yo! ¡No soy yo!» Y se daba al vino, a los naipes, a las mujeres, se emborrachaba, blasfemaba, se prostituía para que viéramos que era pecador, que no era Aquél que buscábamos, para escapar al castigo... Perdóname, capitán, pero lo mismo nos ha de ocurrir aquí. Es inútil que lo busquemos. No lo encontraremos porque aún no ha nacido.

—¡Incrédulo Tomás! —dijo el pelirrojo, al tiempo que lo tomaba por la nuca y, riéndose, lo mantenía durante un buen rato suspendido en el aire—. ¡Incrédulo Tomás, me diviertes!

Se volvió hacia sus compañeros:

—El es la aguijada y nosotros somos los bueyes de labranza. ¡Dejad que nos aguije para que nunca tengamos paz!

El calvo Tomás lanzó un estridente grito de dolor. El pelirrojo lo dejó en tierra, se echó a reír y paseó su mirada por la heterogénea compañía.

—¿Cuántos somos? —preguntó—. Doce, uno por cada tribu de Israel. ¡Diablos, ángeles, enanos, arrapiezos, todas las criaturas y los abortos de Dios! ¡Elegid!

Estaba de buen humor; sus ojos redondos de gavilán centelleaban. Adelantó la

mano y los tomó por los hombros, uno tras otro, con cólera, con ternura. Los calificaba mientras los mantenía suspendidos en el aire, reía. En cuanto dejaba a uno, levantaba a otro:

—¡Aquí estás tú, avaro, lengua de víbora, ladrón, inmortal hijo de Abraham! ¡Y tú, matasiete orgulloso de tus músculos, glotón! Y tú, devoto, timorato; no robas, no te acuestas con la mujer del prójimo, no matas porque tienes miedo; todas tus virtudes son hijas del miedo. Y tú, asno cándido que soportas los palos; soportas el hambre, la sed, el frío, los azotes, bestia de carga sin amor propio, lamedor de los restos que dejan los demás; todas sus virtudes son hijas de la miseria. Y tú, viejo zorro que te quedas a la entrada de la gruta del león, de Jehová, y no entras en ella. Y tú, carnero ingenuo que sigues lanzando balidos al Dios que te devorará. Y tú, charlatán, hijo de Levi, mercader de Dios que vendes a Dios a tanto la onza; explotador de Dios que sirves a Dios en las copas de los hombres, quienes se emborrachan con él y te abren su bolsa y su corazón. Y tú, malvado, fanático, asceta, terco, que miras tu propia figura y te fabricas un Dios malvado, fanático, terco, y caes de rodillas ante él y le adoras porque se te parece. Y tú, que tu alma es la tienda de un cambista; estás sentado en el umbral, hundes la mano en una talega, das limosna al pobre, prestas a Dios, llevas un registro y escribes: di tantos céntimos de limosna a fulano, tal día a tal hora; y ordenas que pongan el registro en tu tumba para poder abrirlo ante Dios, arreglar sus cuentas con él y cobrar los millones de la eternidad. Y tú, reverendo embustero que pisoteas todos los mandamientos de Dios, robas, te acuestas con la mujer del prójimo, asesinas y luego te deshaces en lágrimas, te golpeas el pecho, descuelgas la guitarra y conviertes tu pecado en una canción; sabes, viejo astuto, que Dios se lo perdona todo al cantor porque a él le apasionan las canciones. Y tú, que eres como un puntiagudo aguijón hundido en nuestras nalgas, Tomás y yo, yo, pobre insensato, ¡que sentí la aguijada dentro de mí y abandoné a mi mujer y mis hijos para buscar al Mesías!

Se echó a reír, escupió en sus manos y adelantó los enormes pies:

—¡Caed sobre él, compañeros! —gritó una vez más y se lanzó corriendo por el camino que llevaba a Nazaret.

Los hombres y las montañas se convirtieron en humo y desaparecieron. Los párpados adormecidos se poblaron de una oscuridad sin ensueños. Ahora, por fin, en el sueño infinito sólo se oían dos pies descalzos, inmensos y pesados, que golpeaban el suelo de la montaña y descendían.

El corazón del joven que dormía latía violentamente: «¡Ya llegan! ¡Ya llegan!» —oyó un grito desgarrador en su carné—. «¡Ya llegan!» Se incorporó de un salto —así le pareció en su sueño—, arrimó contra la puerta el banco en que trabajaba y sobre él amontonó todas sus herramientas —cepillos, garlopas, sierras, mazas, martillos, destornilladores— así como una cruz pesada que estaba construyendo. Luego volvió a echarse sobre las virutas y el serrín, y esperó.

Reinaba una calma extraña, inquietante, ahogada, espesa. No podía oírse la respiración de la aldea ni tampoco la de Dios. Todo el universo —hasta el demonio, que jamás duerme— se había hundido en un foso profundo y negro: ¿era el sueño, la muerte, la inmortalidad, Dios? El terror poseyó al joven; vio el peligro, reunió sus fuerzas, extendió las manos para cogerse la cabeza, que se extraviaba, y se despertó.

Estaba bañado en sudor. De su sueño sólo recordaba esto: que alguien lo perseguía. ¿Quién? ¿Uno? ¿Una multitud? ¿Hombres? ¿Demonios? Ya no recordaba. Aguzó el oído, escuchó. Oíase ahora la respiración múltiple de las almas y de los cuerpos en el silencio de la noche; de cuando en cuando percibíase una leve agitación de las hojas de los árboles, el gemido lúgubre de un perro, se oía a una madre que arrullaba lenta, mecánicamente a su bebé... Poblaba la noche murmullos y suspiros familiares y queridos, la tierra hablaba, Dios hablaba, y el joven se apaciguó. Durante un instante había tenido miedo, se había creído

completamente solo en el mundo.

Al lado, en la casita donde dormían sus padres, oyó la respiración jadeante de su anciano padre. El desdichado no podía dormir; contorsionaba la boca, trabajosamente abría y cerraba sus labios intentando hablar. Hacía ya muchos años que se atormentaba tratando de pronunciar una palabra humana, pero permanecía sentado en la cama, parálítico, sin poder mover la lengua. Sudaba, sufría, su saliva fluía y de vez en cuando, después de un combate terrible, lograba articular desesperadamente, sílaba tras sílaba, una palabra, una sola, siempre la misma: A-d-o-n-a-y, Adonay. Cuando pronunciaba toda la palabra, se calmaba durante una o dos horas. Luego, volvía a invadirle la congoja y se ponía de nuevo a abrir y cerrar la boca.

—Yo tengo la culpa... yo tengo la culpa... —murmuraba el joven, y sus ojos se arrasaban de lágrimas—. Yo tengo la culpa...

El hijo oía en la noche tranquila la lucha angustiada de su padre, y la angustia hizo presa en él a su vez. Involuntariamente comenzó a abrir y cerrar la boca y a sudar. Cerró los ojos; escuchó atentamente para imitar a su anciano padre. Suspiraba, emitía junto con él gritos desesperados e inarticulados... hasta que el sueño lo venció.

En el momento en que se dormía, la casa se conmovió, el banco cayó al suelo, las herramientas rodaron por tierra, la puerta se abrió y vio erguido en el umbral, inmenso, con los brazos abiertos y lanzando risotadas, al Pelirrojo.

El joven gritó y se despertó.